

SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo XIV después de Pentecostés

**Si quieres servir a Dios
y al mundo y su vanidad
no servirás, en verdad,
a ninguno de los dos.**



No se puede servir a dos señores

que lloran; el mundo:
Bienaventurados los
que ríen y se divierten.
Y así de lo demás.

Por tanto, se ve bien
palpable que es imposi-
ble servir a los dos.

Y sin embargo, son
legión los que preten-
den vencer este imposi-
ble. Pocos hay que
abominen por compie-
to del servicio de Dios;
porque, por muy poca
fe que tengan, siempre
les queda alguna idea
de que Dios los Crió,
los conserva, los re-
dimió, les dió, en fin,
cuanto son y cuan-
to tienen. Pero pocos
son también los que
se dedican por entero
al servicio de Dios;
casi todos quieren
compartir los servicios
entre Dios y el mun-
do. Van a misa por
la mañana; y asisten
por la tarde a los es-
pectáculos más o me-

nos inmorales. Rezan y hasta frecuentan los
sacramentos; y son esclavos de modas es-
candalosas; etc.

Hay que desengañarse, carísimos fieles:
esto es discontentar a Dios y al mundo; so-
bre todo a Dios, que no quiere corazones di-
vididos.

El Evangelio es del
capítulo VI de S. Ma-
teo: «Jesús dijo a sus
discípulos: Nadie pue-
de servir a dos seño-
res; porque o aborre-
cerá al uno y amará
al otro, o sufrirá al
uno y al otro despre-
ciará». Continúa ani-
mándolos a la confian-
za en la Providencia;
puesto que el padre ce-
lestial que alimenta a
las aves y viste a los
trios del campo, no
deja de dejar abandonados
a sus hijos.

Nadie puede servir
a dos señores, sobre-
todo siendo tan opues-
to como Dios y el
mundo. El Divino
Maestro lo intimó con
insistencia a sus dis-
cípulos. Vosotros no
sois del mundo; guar-
daos del mundo; el
mundo os odia, co-
mo me odió a mí... Y
así lo vemos en la

práctica: que el mundo tiene máximas con-
trarias a las de Cristo.

Cristo dice: Bienaventurados los pobres;
y el mundo: Bienaventurados los ricos. Cris-
to: Bienaventurados los mansos, y si os dan
una mejilla poned la otra; el mundo: No
os dejéis nunca vencer, al que os de una vol-
vedle cuatro. Cristo: Bienaventurados los



El Decálogo

¿Qué es el Decálogo?

—El Decálogo, que quiere decir: Diez Palabras, es el conjunto de los diez Mandamientos dados por Dios al pueblo de Israel, para que los guardasen todos los hombres.

—¿En qué forma dió Dios los Mandamientos?

—Los dió primero de palabra y después escritos en dos tablas de piedra, para que se conservasen perpetuamente y siempre se cumpliesen.

—¿Por qué estaban en dos tablas?

—Porque, como dice el texto del Catecismo: *Estos diez Mandamientos se encierran en dos; en servir y amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.*

—¿Que Mandamientos estaban en la primera tabla?

—Se cree que en ella estaban los tres correspondientes a Dios, que mandan respectivamente amarle, honrar su santo nombre y darle culto santificando las fiestas.

—¿Cuáles estaban en la segunda tabla?

—Los otros siete: el primero de los cuales, que es el cuarto, manda obedecer a los padres y autoridades, que están en lugar de Dios; y los demás, respectivamente, no dañar al prójimo en su persona, en su pureza, en su hacienda, en su honra, y ni aun desear su mujer y sus bienes.

—¿Por qué se encierran todos en el amor de Dios y del prójimo?

—Por que el que ama a Dios le honra y le da culto, y por tanto cumple los tres primeros; y el que ama al prójimo cumple también sus deberes para con él y es lo que prescriben los otros siete Mandamientos.

—¿Son muy perfectos los Mandamientos?

—Sí; porque contienen lo esencial de nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos. Pero están muy resumidos, y hay que explicarlos y en-

tenderlos conforme a las enseñanzas de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Ejemplo

He aquí resumido lo que refiere el libro Sagrado respecto a la promulgación del Decálogo:

Cuando los israelitas iban a la tierra prometida, al llegar al pie del monte Sinaí, dijo Dios a Moisés:

—Manda a todos que se santifiquen y laven bien lavados, ellos y sus vestidos, hoy y mañana; porque en el día tercero voy a darles mi Ley. Encárgales bien que no suban al monte, ni toquen en él; porque el que toque... morirá.

Así lo dijo Moisés al pueblo; y todos cumplieron sus encargos.

Al amanecer del día tercero, empezaron a relucir relámpagos que cegaban la vista, y a estallar espantosos truenos, y a sonar una trompeta muy fuertemente y cada vez más y a cubrirse el monte de una espesa nube y a humear; porque había venido Dios a él. Todos estaban temblando.

Entonces empezó el Señor a pronunciar los Mandamientos con una voz potentísima, que dominaba a todo aquel ruido, y no cesó hasta que dijo los diez, en forma parecida a la que todos los sabemos.

Tal era el terror de los israelitas, que dijeron a Moisés:

—Háblanos tú, y escucharemos; pero que no nos hable más el Señor directamente, porque moriremos de terror.

Después subió Moisés al monte, y allí estuvo cuarenta días, ayunando y oyendo las demás instrucciones que le dió Dios. Al cabo de este tiempo, el Señor le escribió en tablas de piedra los mismos Mandamientos que había intimidado al pueblo.

Al bajar Moisés con las Tablas de la Ley, vio que el pueblo había fabricado un becerro de oro, al que adoraban como si fuese Dios; y después de haber hecho una gran comida, estaban danzando. Ciego de ira el gran caudillo, rompió las Tablas de la Ley, redujo el ídolo a polvo y les hizo beberlo, y además hizo pasar a cuchillo a 23.000 de ellos.

Vuelto a la presencia del Señor, le encontró irradadísimo por esta prevaricación del pueblo. Quería destruirle; pero se aplacó por las oraciones de Moisés y al ver también

el castigo que éste había dado; pero prometiendo darle aun mayor en el día de las venganzas. Después les dió otras tablas iguales, las que Moisés bajó y mandó custodiar en el Arca de la Alianza.

Dios dió sus mandamientos de esta manera tan terrible y castigó tan duramente al pueblo que los quebrantó, para que todos temblemos ante ellos y los cumplamos. Si no lo hacemos así, grande será también nuestro castigo en el día de las venganzas.

oo

Ignorantes, no incrédulos

En un viaje que hizo poco tiempo ha un sacerdote, eminente por su virtud y saber, trabó conversación con un sujeto de maneras distinguidas, que alardeaba de incrédulo.

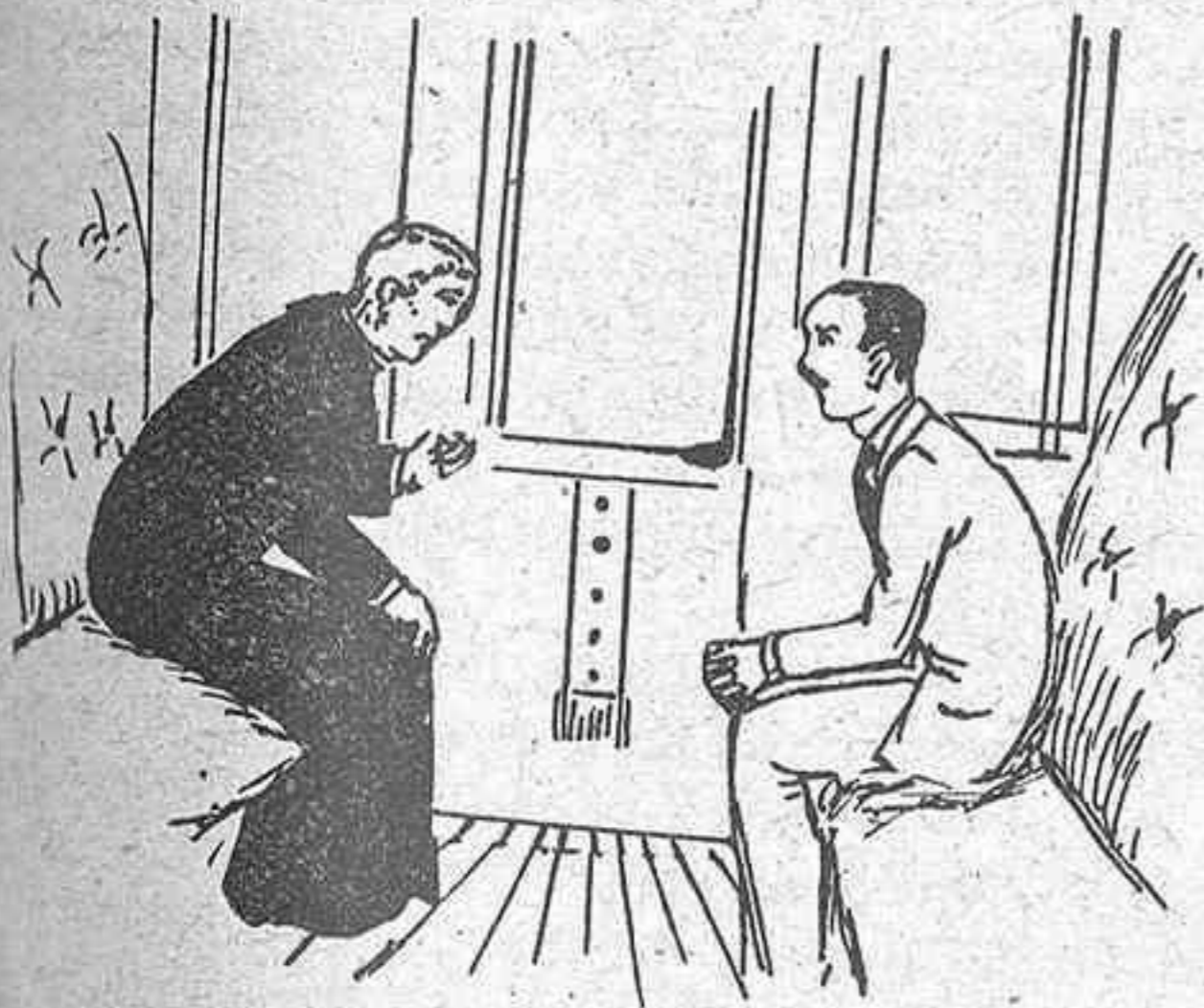
—En materia de Religión no creo nada— decía este.

—¿Ni en la existencia de Dios, ni en la inmortalidad del alma?

—Tanto como eso, sí; pero no creo en el infierno.

—¿Admite usted la Revelación, caballero?

—No; la considero como una novela.



—Pero habrá usted examinado siquiera las pruebas de la Revelación...

—No, por cierto.

—¿Ha leído usted las obras del Cardenal González, de Balmes, de Donoso Cortés y algunos otros?

—No, señor.

—¿Conoce usted los escritos de Menéndez Pelayo, las obras del P. Cámara, de los PP. Vilarino y Villada y de otros escritores, que han tratado desde un punto de vista ra-

cional las más profundas cuestiones religiosas?

—Confieso que no conozco ninguna de esas publicaciones.

—Entonces, caballero, permítame le diga con franqueza, que en materia de religión es usted sencillamente un completísimo ignorante y no un incrédulo. Y conste que, en general, lo propio que a usted, les sucede a todos los que se llaman incrédulos; la capa de la incredulidad les sirve a maravilla para tapar su ignorancia en materia de religión.

oo

Cantares

Lo mejor de la mujer,
es el recato y la modestia.
La cara y los buenos ojos
Los come pronto la tierra.

No juegues con el honor,
que es mueble muy delicado
porque al más ligero golpe
ya queda inutilizado.

No hagas caso de la moda;
la moda es un tiranuelo,
que os obliga a ser ridículas
por miedo de parecerlo.

Te quedarás solterona,
aunque te sigan los hombres...
¡Los maridos no se pescan
luciendo tanto el escote!

Dices que vas muy tranquila
vistiendo poco decente;
¡infeliz! ¿y si murieras?
no respondo de tu suerte.

oo

Terrible epidemia

Causa desoladores y terribles estragos en todas las edades, sobre todo en los niños y en los jóvenes. Ha llenado de enfermos los hospitales y de cadáveres muchos cementerios.

Se denuncia a los padres y se les advierte, por si quieren evitar el contagio en sus hijos, que tal enfermedad se propaga rápidamente por medio de las malas compañías, malas lecturas, malos espectáculos y malas diversiones.

Se llama «lujuria».



Cultos: Celebramos hoy la fiesta de Nuestra Señora de los Remedios. Habrá misa solemne a las nueve; y por la tarde, a las cuatro y media, rosario cantado, novena, sermón, motetes y Salve. El orador será el muy I. Sr. D. Paciente Méndez Mori.

Misas y Catecismo, a las horas de costumbre.

El sábado comienza la novena a la Santísima Virgen, Patrona de esta parroquia; será todos los días a las siete de la tarde.

Indulgencias: Tienen los Terciarios indulgencia plenaria el sábado.

Bautizados: El día 17, Raúl Cayetano Fernández Borje, nacido el 11 de este, Postigo Alto, 6. El día 18, Emilio José López Fernández, nacido el 28 de julio, Azcárraga, 54. El 19, José Luis Vázquez Antuña, nacido el 7 de julio, Plaza del Marqués de Mohías, 18.

Dios los haga buenos cristianos.

CASTIGOS POR QUEBRANTAR LAS FIESTAS

Se lee en el «Libro de los Números», capítulo XV, que estando los hijos de Israel en una soledad, encontraron a un hombre que recogía leña en día de sábado. Le presentaron a Moisés y Aarón y a toda la multitud; los cuales le encerraron en la cárcel, no sabiendo lo que debían hacer de él.

Y dijo el Señor a Moisés: *Muera de muerte ese hombre; todo el pueblo le cubra de piedras fuera del campamento.* Y habiéndole sacado fuera, le cubrieron con piedras, y murió como el Señor lo había mandado.

Esto nos da idea de cuánto odia Dios este pecado del quebrantamiento de los días festivos y cómo castiga al que le comete.

Por boca del profeta Jeremías dice también Dios: *Si vosotros, guardando mis fiestas, no permitiéreis que entren cargas por las*

puertas de vuestro a ciudad en esos días, yo haré que por esas mismas puertas entren vuestros reyes gloriosos por todos los siglos. Mas si, por el contrario, no las guardareis absteniéndolos de todas las ocupaciones serviles, protesto que entregará al fuego y a las llamas esta ciudad, hasta que quede reducida a cenizas.

Dios no ha cambiado, y odia este pecado ahora como antes, y castiga a los quebrantadores de las fiestas hoy como en tiempos pasados. Podríamos citar casos concretos ocurridos en nuestros tiempos; pero, como tal vez la poca fe de muchos lo achacaría a la casualidad, hablaremos en términos generales.

A los que trabajan en domingo les dice Dios: *Yo os visitare de repente con la pobreza* (Lev., XXVI, 16). Decía el santo Párroco de Ars: «Conozco dos medios seguros para empobrecerse: trabajar en las fiestas y robar lo ajeno». Parecerá esto extraño; pero es la verdad. Por experiencia se ve que lo robado no aprovecha; y el quebrantar las fiestas viene a ser también robar a Dios lo que es suyo, y por eso el ladrón de Dios corre la misma suerte que el ladrón de los hombres.

¡Cuántas veces, dice Séñeri, las esterilidades de las cosechas, las tempestades, las enfermedades, las mortandades y otros infortunios vienen por castigo de las fiestas no veneradas! Los antiguos bárbaros establecieron grandes penas por este delito, atribuyéndole los azotes con que frecuentemente nos hiere la divina Justicia; y creo que lo acertaron».

¿Cuándo ha habido más descarado quebrantamiento de las fiestas que en los tiempos presentes? ¿Y cuándo ha habido más calamidades y miserias? Se trabaja en los días festivos que no son domingos; se dedican los domingos al diablo, en vez de dedicarlos a Dios, y cada vez escasea más el trabajo, cada vez hay más hambre. Esto sin mirarse castigo eterno.

EL HIPÓCRITA

«El hipócrita es un santo pintado; tiene las manos juntas, pero no ora; el libro en la mano, pero no lee; los ojos en el suelo, pero no se aplica a la meditación».- M. Bernardes.